CAPITULO CXXVI.

La jota aragonesa.

La estensa y frondosa alameda que guarnecia la orilla derecha del rio Isuela en Moralejo, estaba llena de gente en la tarde del domingo á que nos referimos.

Una gran pradera circular donde no habia árboles la ocupaban los mozos y mozas que se entregaban con ardor al ejercicio del baile, y todos los huecos de los árboles que circumbalaban el semi-círculo, estaban llenos de curiosos, labradores, mujeres y chiquillos, que formaban el pueblo, ó por mejor decir el tribunal, pues de allí salian mas caracterizadas las demostraciones de aprobacion ó de disgusto que merecian las bailarinas, formuladas en aplausos, ó en ruidosas y burlonas carcajadas.

La jota aragonesa, esa característica danza del pais que tiene el poder de electrizar los corazones estaba en su mayor animacion, formada por mas de veinte parejas, cuando una mas, compuesta de una graciosísima niña, y de un

gallardo labrador se lanzaron en medio del grupo y empezaron á bailar con una gracia y una bizarría sin igual.

Cien aplausos resonaron á un tiempo.

—Bien, bien!... ¡Bravo por Rafaela y Anton!... vaya una pareja!... ¡esa es la sal de Aragon!... gritó la muchedumbre contemplando regocijada á Rafaela, que era la muchacha mas bella y mas bien vestida de todo el baile.

Por entre aquel mar de cabezas que reian, gesticulaban y gritaban solia aparecer otra cabeza pálida, llena de cabellos de un rubio azafranado, que pugnando por abrirse paso, llegó al fin á colocarse en primera línea, cuando la gente gritaba con entusiasmo:

—Viva Rafaela y Anton!... qué guapos son los dos!... vaya una pareja!... es la gracia del mundo!...

El cuerpo que sostenia aquella cabeza era largo y huesudo, deforme su espalda, aunque muy disimulada por el artificio del sastre, cuya habilidad no pudo llegar hasta nivelar los desiguales hombros, conociéndose á primera vista que estaba el uno mas alto que el otro.

Con esta sola pintura habrán conocido nuestros amables lectores á Octavio.

En efecto, hacia dos horas que estaba allí, buscando á Rafaela con profunda ansiedad, primero entre los bailarines, despues en los grupos sin encontrarla en ninguna parte, porque la jóven se detuvo un poco y llegó mas tarde cuando ya la animada y graciosa danza estaba en todo su apogeo.

Anton que la esperaba tambien, y conocia la localidad, no perdió de vista el camino por donde debia venir y así que la distinguió á lo léjos corrió hácia ella, invitándola para la jota cuyos primeros compases empezaban, siendo

esta la causa de que se lanzaran los dos tan impetuosamente en medio del círculo.

Octavio al verlos lanzó un rugido de rabia, que no fué dueño de contener.

Las voces de la multitud le informaron al punto de que aquel mancebo era Anton, el novio de Rafaela, ó mas bien su pretendiente, porque segun ella misma le dijo el último dia que se vieron, la contestacion definitiva á su pretension debia recibirla aquella tarde.

—Ah! no será suya!... ¡yo lo juro!... murmuraba, Octavio con los labios temblorosos y chispeantes de cólera sus ojillos grises.

Su trémula mano acariciaba dentro del bolsillo interior de la levita la culata de una diminuta pistola.

De tal modo estaba ciego que sus ideas no podian ser mas lúgubres; pensaba solo si no conseguia el amor de Rafaela, en la destruccion de todos los obstáculos que se le opusieran, aun que tuviera que cometer cien crímenes.

Aquel sentimiento que empezó como un capricho pasajero, se habia convertido en una pasion indomable.

Era como un torrente que empieza regando la tierra como manso arroyuelo, va creciendo y á medida que crece encuentra obstáculos en su marcha, redobla su caudal y sigue encontrando diques, en los peñascales, en las rocas, en los árboles, hasta que irritado y furioso, salta por encima de todo y arrastra en su furor, destruyendo iracundo cuantos obstáculos se oponen á su paso.

Así era el amor de Octavio, de manso arroyuelo se convirtió en torrente impetuoso y ciego, ya estaba dispuesto á destruir los diques que se le opusieran.

Su mirada de águila se fijaba en el pecho de Anton como buscando un punto seguro donde dirigir el cañon de su pistola.

Todas las emociones de su alma se reflejaban en su rostro, que se animaban con espresion infernal, reflejo de los celos, al fijarse en Anton, y dulce, sumisa y apasionada al encontrar la franca mirada de Rafaela que le distinguió al punto entre la multitud, enviándole un gracioso saludo envuelto en una sonrisa, apesar de que se hallaba en el ardor de la danza y bajo la profunda atencion de su compañero.

Anton observó tan espresivo saludo y volvió la cabeza en la misma direccion que Rafaela:

Los ojos negros y espresivos del labrador aragonés, se fijaron en los garzos del aristócrata.

Una mirada recíproca se cruzó entre ellos que no tenia nada de benévola.

La presencia de Octavio no habia sido advertida por la multitud que fija en las peripecias del baile y en las parejas que entraban y salian, solo se ocupaba en aplaudir lo bueno que veia y en censurar lo malo.

Pero la jota terminó de repente y entonces armándose la confusion consiguiente, cada individuo buscaba nuevo objeto á sus miradas. Los mas próximos á Octavio, le miraron esclamando:

—¡Ay! qué señorito!... ¿quién será?.. del pueblo no es.

—Algun forastero que se ha detenido por casualidad á ver el baile.

—Es guapo, y que bien vestido!...

—¡Vaya!... debe ser de casa rica.

—Sí, sí, mira que cadena lleva!...

—Y que botones en la pechera!... ¡cómo relucen!...

—¡Calla!... si tiene un hombro mas alto que otro!...

—Es verdad!... pobrecillo!... es jorobado!...

—Pues, mira, es lástima!... sin la chepa hubiera sido un buen mozo.

Todas estas esclamaciones y otras semejantes despertaban la presencia de Octavio en el círculo que le rodeaba.

Empero cesaron pronto para empezar en otro lado, porque el jóven así que terminó la jota se dirigió atravesando el círculo hácia Rafaela, que conducida por Anton habia ido á sentarse al pié de un árbol.

Entonces casi todas las miradas se fijaron en él, porque su traje de caballero era el único que allí se veia entre los airosos que ostentaban los labradores aragoneses, congregados en la pradera.

Algunos de los mozos le habian visto cazando en el monte y le conocian, por lo cual no tardó en correr la voz.

—Quién es ese señorito?... decian algunos.

—Es el señorito de la *Torre del Valle*.

—Bah! por ese nombre no le conocemos.

—El hijo del marqués de Nieblas.

—¡Del marqués de Nieblas!... esclamaron todos con asombro.

CAPITULO CXXVII.

El herido.

El nombre del marqués de Nieblas causó una impresion profunda en la multitud, se miraron unos á otros, y recordaron al punto el tema general que habia sostenido durante todo el dia las conversaciones entre los vecinos del pueblo.

Rosa Torrente habia llegado la noche anterior reconciliándose con sus padres y era sabido que su seductor fué el marqués de Nieblas. Empero se ignoraba que Octavio fué el desgraciado fruto de aquellos amores.

La animadversion que el marqués se tenia era grande, naciendo de ella el que desde luego se mirase con muy malos ojos á su hijo, que como desafiando la cólera del pueblo iba á mezclarse en sus fiestas populares.

En los breves instante que Octavio tardó en atravesar la pradera para acercarse á Rafaela, un labrador se acercó á Anton y le dijo al oido:

—Has visto al hijo del marqués de Nieblas?

—Será quizá aquel señoritin...

—Justamente; hácia aquí viene; los pastores del monte han dicho que pretende á Rafaela, ¿querrá hacer lo que su padre con Rosa?

Esto bastó para que Anton se pusiera en guardia y antes de que Octavio llegase ya se habia sentado en el tronco del árbol junto á Rafaela y la decia:

—Conoces tú á ese señorito?

—Le conozco; pero ni siquiera sé su nombre.

—Es el hijo del marqués de Nieblas, del seductor de tu tia.

Rafaela miró al jóven labrador con asombro y como si aquella revelacion hubiera sido un golpe mortal, se quedó profundamente pensativa sin tener tiempo para contestar porque Octavio estaba ya á su lado.

—Buenas tardes, Rafaela; dijo sin hacer caso de Anton que le miraba fijamente; cómo va desde nuestra vista?... ¿Está su abuelo de V. peor?...

—Al contrario ha esperimentado desde anoche una gran mejoría: contestó casi maquinalmente Rafaela, que veia amontonarse sobre la frente de Anton nubes sombrías y temblaba no promoviesen un altercado.

El desaire de Octavio hácia el labrador habia sido ya muy marcado, no saludándole al dirigirse á Rafaela cuando estaban juntos, y esto rara vez lo perdonan los aragoneses, mucho menos lo perdonaria Anton que tenia con el jóven aristócrata otros motivos de resentimiento.

La posicion de los tres era muy violenta y Rafaela no sabia como salir de ella. Cambió algunas palabras indiferentes con Octavio, sobre la tarde y sobre el baile, y por

último impacientado éste y viendo que Anton no estaba dispuesto á dejarlos, dijo á Rafaela en voz baja:

—Deseo hablar un momento con usted: concédame por favor unos minutos.

Esta súplica aunque hecha á media voz no se escapó á Anton, que contestó por Rafaela diciéndole:

—Antes que con usted tiene que hablar conmigo, y puesto que ha venido imprudentemente á interrumpir nuestra conferencia sírvase dejarnos en paz.

Octavio miró con supremo desden al labrador y volvió á insistir con Rafaela.

La pobre niña se veia en un lance tan apurado que no sabia qué determinar.

Esta indecision animaba á Anton que juzgaba á Rafaela en un compromiso, y proponiéndose defenderla de aquel hombre que no podia ser de su agrado y mucho menos siendo hijo del seductor de su tia, se levantó dispuesto á que quedase el campo por uno de los dos.

Octavio comprendió la actitud hostil del labrador y sin intimidarse se encaró con él diciéndole:

—No es usted, sino Rafaela, la que debe determinar en este asunto, y estraño que me dirija usted la palabra, cuando yo no se la he dirigido.

—Pero ha venido usted á molestarme, y me está cargando tanto en este momento que si no se marcha ahora mismo le rompo el alma.

—Usted es el que se ha de marchar; contestó Octavio con altanería.

—Lo veremos; dijo el labrador lanzándose sobre él, pero el jóven con la agilidad de una ardilla dió un paso

hácia atrás, sacó una pistola y montándola apuntó al labrador, que al ver el arma junto á su pecho retrocedió involuntariamente.

Retrocedió, pero fué para sacar una enorme navaja.

Rafaela lanzó un grito terrible y se puso en medio de las dos; pero era tarde, frenéticos los dos enemigos, habian venido á las manos.

El tiro no salió de la pistola de Octavio; pero la agudísima hoja de la navaja de Anton se habia clavado en el vientre del jóven aristócrata.

Fué tan rápida y tan imprevista esta escena que apesar de hallarse la pradera llena de gente, no fué posible evitar el primer golpe. Sin embargo se evitaron los demás, porque se interpusieron separándolos y Octavio fué á caer en brazos de Rafaela que le recibió bañada en llanto.

—Dejadme!... dejadme!... gritaba Anton, pretendiendo desasirse de los que le rodeaban; quiero acabarle de matar!... quiero beber su sangre!...

En un momento se armó en la alameda una confusion espantosa. Muchas gentes corrieron al pueblo á buscar socorros para el herido, y la noticia no tardó en llegar á casa de Rosa.

Hallábase ésta terminando ya el relato de su historia, y anunciando á sus padres que Octavio era su hijo, cuando una vecina entró y dijo con la mayor frescura, como si hubiera dado una buena noticia.

—En el baile de la alameda acaban de asesinar al hijo del marqués de Nieblas.

Rosa lanzó un grito espantoso y fuera de sí se lanzó á la calle, dirigiéndose medio loca de dolor al sitio que acababa de designar la imprudente vieja.

Anselmo y gran parte de la familia la siguieron, llegando cuando ya la autoridad estaba allí disponiendo el arresto de Anton, y el modo de conducir al pueblo el herido, que se habia desmayado, presentando por la palidez de su aspecto todas las señales de la muerte.

—Mi hijo!... mi hijo!... dónde está mi hijo?... quiero verle, gritó Rosa precipitándose en el grupo, donde se hallaba Octavio, al que habia ya colocado en una improvisada camilla formada con ramas de árboles y vestida con los zagalejos que prestaron algunas aldeanas.

Rafaela mas pálida que el herido estaba de rodillas á su lado, vertiendo abundantes lágrimas.

La voz de Rosa y sus ardientes caricias hiciera volver en sí á Octavio, la dirigió una mirada triste, otra llena de amor á Rafaela y esclamó con voz debil:

—Madre mia!... querida Rafaela!...

Volvió á desmayarse; pero aquel «madre mia» lanzado desde lo íntimo de su alma comprendió Rosa que se habia operado en su hijo una transformacion completa.

—Dios mio!... Dios mio!... murmuró la infeliz, voy á recobrar su amor para perderle?...

—Es su hijo!... repetia toda la gente de la pradera, calmándose la irritacion que el jóven inspiraba.

—Es su hijo!... es mi primo!... murmuraba Rafaela!...

Rosa pidió que le llevasen á su casa rodeando ella y su sobrina al moribundo.

Toda la multitud silenciosa y conmovida, siguió al fúnebre cortejo que se dirigió al pueblo.

CAPITULO CXXVIII.

Convalecencia.

Quince dias despues de la escena que hemos bosquejado en el capítulo anterior, Octavio estaba fuera de peligro y empezaba á abandonar el lecho, por algunos instantes, aunque todavía su debilidad era estremada.

Durante aquella gravísima herida que le tuvo á las puertas de la muerte, ni Rosa, ni Rafaela le abandonaron un momento. Tan prodigiosa curacion fué debida en gran parte á sus cuidados y á las espresivas muestras de ternura que de contínuo le prodigaban.

Aquel pobre corazon que no habia conocido nunca la vida del sentimiento, que no sintió nunca sobre su frente el vículo maternal que produce inefables delicias en el alma, comprendió en el amor de Rosa, toda la sublime grandeza de tan purísimo afecto, conociendo que la atmósfera en que habia girado su juventud, no era la que presta la dicha y paz del alma, sino la que agita los sentidos y roba la tranquilidad del corazon.

Tuvo mil ocasiones de conocer, durante aquellos quince dias de dolencia, que Rafaela le amaba, que era una criatura angelical y la única que podia hacerle feliz.

Ni una palabra se habló de casamiento, Octavio tuvo buen cuidado de asegurarse de su cariño y de conquistar el de toda la familia; pero no llevó las cosas mas adelante, porque habia consultado á su padre sobre el asunto y esperaba su contestacion para proceder de acuerdo con ella.

Pero habian pasado mas de quince dias y el marqués no escribia.

La tarde á que nos referimos era el mes de setiembre.

La casa de Rosa tenia un lindo patio lleno de macetas y entoldado por frondosas parras que le hacian muy poético y agradable.

Allí se habia congregado toda la familia. Era domingo; pero nadie pensó en ir al baile de la alameda que tan funestos resultados tuvo quince dias antes.

El tio Andrés casi bueno ya de su enfermedad y alegre y satisfecho por haber á tan poca costa recobrado la paz de su conciencia, estaba sentado junto á su mujer en un pequeño banco de madera debajo del emparrado.

Rafaela la mayor, así debemos llamarla para distinguirla de su hija, y la tia Gervasia sostenian una animada discusion cerca de la ventana con reja, que desde el patio iba á dar al campo.

Rosa y Rafaela salieron de la sala llevando del brazo á Octavio que se reia de sus pocas fuerzas, y le colocaron en un sillon preparado al efecto en un sitio agradable, donde no pudiera hacer daño al convaleciente ni el sol ni el aire.

—Ola! ola! amiguito; le dijo el tio Andrés, parece que vamos estando fuertecillo.

—Ah! tengo mas valor moral que físico; contestó el jóven, y usted abuelito, ¿está ya del todo bien?...

Octavio prodigaba al tio Andrés el título de «abuelito,» complaciéndose en ello, porque veia la satisfaccion que lo escuchaban tanto él como Rosa y deseaba irles en parte recompensando de la privacion sufrida durante tantos años.

—Yo ya estoy fuerte como un roble, hijo mio, dijo el anciano; ojalá tú lo estuvieras tambien y nos iríamos á recibir en el campo el aire libre que robustece el alma y el cuerpo.

—Creo que pronto podremos hacerlo, y llevaré á usted á mi Torre del Valle.

—Eso nó, hijo mio, tú puedes permanecer en nuestra casa todo el tiempo que quieras; pero nosotros no iremos á la de tu padre mientras él no nos la ofrezca; contestó con dignidad el anciano.

—Es verdad, hijo mio, no iremos nunca, añadió Rosa sin que él nos lo ruegue. Ya sabe todo lo ocurrido, tu apoderado que vino la misma noche en que fuiste herido, le ha escrito minuciosamente esta desgracia, tu situacion y la nuestra, y ya ves como ni siquiera se digna contestar.

—Quizá esté enfermo; no sabemos lo que puede motivar su silencio; repuso tristemente Octavio.

La jóven Rafaela que se habia ido junto á la ventana cerca de su madre y de la tia Gervasia esclamó dirigiéndose á Octavio:

—Por el camino de Huesca viene un coche, y debe ser el de usted le conozco por los caballos tordos.

—Será mi apoderado; ah! quizá traiga carta de mi padre; esclamó Octavio animado de una súbita esperanza.

Poco despues se detenia á la puerta y efectivamente, no se engañaron.

El apoderado general del marqués de Nieblas, entró en el patio y entregó varias cartas á Octavio y á Rosa.

—Vengo de Huesca, dijo; y los marqueses del Cinca me han dado mil recuerdos para ustedes, no han venido á visitarlos porque estos dias ha muerto la abuela de la señorita Maria Isabel y con este motivo no ha podido abandonarla: pero desean que vayan ustedes par allá en cuanto el señorito Octavio esté mejor.

—Pero qué abuela ha muerto?... La marquesa viuda?.. preguntó Rosa.

—Nó, señora, esa sigue como siempre en su estado de petrificacion. Ha sido la madre de D. Diego Espinosa.

—Ah! yo no la conocia.

—Los parientes que la rodeaban se han llevado un chasco solemne, creian ser los herederos y al abrirse el testamento, que tenia hecho desde el fallecimiento de don Diego, se han encontrado con que lega á la hija de éste todos sus bieues que son inmensos.

—Eso era natural; murmuró Rosa observando la fisonomía de su hijo que se animaba como por encanto segun avanzaba en la lectura de las cartas y varios documentos que acababa de recibir.

Rosa tenia las suyas en la mano sin atreverse á abrirlas, adivinando quizá su contenido, porque temblaba de emocion.

Una era de la marquesa.

Otra de Jaime.

Era la primera vez que el marqués se dirigia á ella por escrito, y al hacerlo así, al deponer por completo su orgullo, debia como su hijo haber sufrido una completa transformacion.

Octavio tambien estaba conmovido, y era tanta su debilidad, que apenas podia continuar la lectura de aquellas cartas.

—Su palidez iba en aumento.

—Te pones malo, hijo mio?... le dijo Rosa con inquietud viendo que cerraba los ojos y se llevaba la mano á la frente.

—Ah! la alegría hace daño! murmuró inclinando la cabeza sobre el pecho.

Todos le rodearon con el mas vivo interés, viéndole casi acometido de un vértigo.

La tia Gervasia mas previsora que los demás, habia ido á la cocina y volvió con una taza de caldo.

—Esto reanimará al señorito; esclamó presentándola.

—Ah! sí, sí, tiene usted razon!... dijo Rosa; nos olvidábamos de su debilidad.

Octavio tomó el apetitoso refrigerio, y con viva ansiedad continuó leyendo la carta de su padre.

CAPITULO CXXVIX.

Arrepentimiento.

Anselmo era el único de la familia que faltaba para completar el cuadro y llegó acompañado del señor Cura, que tenia costumbre de visitar al enfermo todas las tardes; sorprendiéndose ambos al ver la emocion reflejada en todos los semblantes.

Rosa trémula, con su carta en la mano, sin atreverse á abrirla, miraba á su hijo esperando que terminase la lectura de la suya y les dijese su contenido.

Octavio un poco mas fortalecido, no leía, sino devoraba mas bien aquellos renglones que contenian su felicidad.

De repente dejó caer la carta y abrazando á Rosa con las mas espresivas muestras de ternura, esclamó:

—Ah! madre mia!... hora es ya de que sea usted feliz y encuentre la debida compensacion á sus amarguras.

—Pero qué dice tu padre?... sepamos, calma por Dios nuestra ansiedad, murmuró Rosa.

—Mi padre arrepentido de su injusto proceder para con usted, no solo aprueba mi casamiento con Rafaela, y envia una carta para Anselmo pidiéndole la mano de su hija para mí, sino que me ruega influya con usted para que le admita por esposo.

—¡Él!... ¡Jaime mi marido!... esclamó Rosa sin poder dar crédito á estas palabras.

—Sí, sí; esa es su resolucion inquebrantable; dice que no ha escrito antes por esperar á que quedasen terminados los espedientes civil y económico que ha sido preciso instruir para la anulacion de su casamiento con la marquesa; que antes no era libre todavía para ofrecer á usted su mano, hoy que ya lo es envia con la carta el poder y todos los documentos necesarios á fin de que se celebre el matrimonio sin dilacion alguna, para que cuando se haga el mio con Rafaela pueda ser hijo legítimo.

—El amor de su hijo le ha vencido!... ¡pero bendito sea Dios que me proporciona esta ventura!... esclamó Rosa cayendo de rodillas y elevando sus manos al cielo.

Octavio levantándose con trabajo de su sillon, se abrazó á Anselmo diciéndole con voz conmovida:

—Y usted me admitirá por hijo ?...

Las lágrimas corrian por el rostro de todos los que presenciaban esta tiernísima escena.

Rosa seguia arrodillada y á su lado la jóven Rafaela que tímida y ruborosa no se atrevia á decir una palabra.

Anselmo muy conmovido, apretando al jóven contra su corazon pudo apenas balbucear:

—Lo que vosotros querais, hijos mios.

La carta de Jaime á Rosa estaba concebida en los tér-

minos mas cariñosos. Se lamentaba de que una obcecacion fatal por parte suya, les hubiera llevado á tan terrible estremo, la pedia le perdonase rogándola admitiese la única compensacion posible, cual era un casamiento con el que quedaria su hijo legitimado. En este caso todos podrian ser felices menos él, que se encontraba muy enfermo y creia cercanos los últimos instantes de su vida.

—Y usted abuelito, ¿no dice nada?... esclamó Octavio dirigiéndose al tio Andrés que muy pensativo se habia quedado con la cabeza baja y las manos unidas sobre el pecho.

—Yo bendigo la justicia de Dios, querido hijo mio!... murmuró el anciano tendiéndole los brazos.

El jóven se precipitó en ellos y fué abrazando á toda la familia con los mas vivos transportes de alegría.

Rosa un poco mas repuesta de su emocion habia leido sus cartas, y en la de la marquesa encontró un párrafo que interesaba mucho á su madre.

—Madre mia!... esclamó Rosa dirigiéndose á la pobre ciega; me dice la marquesa que llega de Francia y se detendrá unos dias en Huesca un célebre oculista, que podrá devolver á usted la vista, con que prepárese usted á partir.

—No era bastante la dicha que esperimento por vuestra felicidad, aun quiere el señor concederme otro bien?... ¿Qué hemos hecho para ser ayer tan desgraciados y hoy tan felices?... Andrés!... Andrés; desde que el rencor desapareció de tu alma, la gracia de Dios ha vuelto á entrar en nuestra casa, dijo la anciana con acento inspirado:

—Señor apoderado, puedo disponer del coche para ir á Huesca?... preguntó Rosa.

—Sí, señora; contestó éste inclinándose con deferencia ante la que dentro de poco iba á ser marquesa de Nieblas.

—Se vá usted madre?... dijo Octavio.

—Sí; voy á rogar á la marquesa y á su marido que interpongan toda su influencia en la córte para conseguir el indulto de tu padre; cuando sepan su arrepentimiento y su noble determinacion no dudo que lo harán.

—Ah! sí; eso es necesario; sacarle de la prision donde se morirá sin duda de vergüenza!... vaya usted y que el cielo la ilumine, dijo Octavio profundamente conmovido.

—Al propio tiempo me llevo á mi madre para que la vea ese oculista; repuso Rosa y luego dirigiéndose á Rafaela la rogó que se encargase de ataviar en pocos momentos á la anciana, porque la tarde estaba muy avanzada y querian llegar á Huesca antes de la noche.

—Pues recoja usted estos documentos, prepare los suyos, y no se venga sin que todas las diligencias estén corrientes para su boda, la dijo Octavio entregándola los papeles que acababa de recibir. La voluntad de mi padre es que se celebre su boda inmediatamente, y si ahora no tienen ustedes inconveniente, nos tr

onveniente, nos trasladaremos á la *Torre*
onto como yo haya recobrado un poco mis

te cuando quieras; allí hay capilla y cele-
nilia solamente este triste himeneo; dijo

ente; se lo iba á proponer á usted, añadió

aberme anticipado á tus deseos; y si el se-
ne inconveniente, será el complemento de

nen ustedes in
del Valle, tan p
fuerzas.

—Por mi pa
braremos en fa
Rosa.

—Perfectam
Octavio.

—Celebro
ñor Cura no tie

mi dicha que bendiga nuestra union, y despues la tuya con Rafaela cuando vengan los despachos de Roma, que pueden ponerse enseguida, porque son primos.

—Con mucho gusto, esclamó el señor Cura; esta será una felicidad para mí que tanto estimo á ustedes.

—Nuestra dicha se la debemos en parte, le dijo Rosa con reconocimiento; á su influencia debo el perdon de mi padre que estimo en mas que mi vida, y como consecuencia de aquel, el beneficio presente unido con el amor de mi hijo.

Próximos á partir, Rosa y su madre, acompañadas del apoderado se renovaron las escenas de sentimiento, sentimiento mezclado de alegría, porque era un viaje improvisado tan urgente como necesario.

La jóven Rafaela fué la que sintió mas la partida de su tia y de su abuelita, no pudiendo acompañarlas, porque aun los enfermos, el abuelo y el nieto necesitaban de sus cuidados.

Media hora despues montaron en el coche, que en medio de una lluvia de bendiciones partió rápido como una flecha por el camino de Huesca.

—Ah! madre mia!... esclamó Octavio al verla desaparecer; tú conseguirás el indulto de mi padre!... Dios te ilumine y le devuelva pronto á nuestros brazos.

CAPITULO CXXX.

Casamiento de Rosa.

Era el mes de octubre; el mes de la vendimia; esa época tan alegre en los campos por la recoleccion de la uva, y tan apacible por su temperatura dulce y templada.

En la preciosa posesion del marqués de Nieblas que llamaba *La Torre del Valle*, y que su hijo habia elegido para residencia, se advertia una animacion inusitada, no como aire de fiesta, porque la prision del marqués les tenia á todos tristes y cabizbajos, sino por la multitud de personas que cruzaban por aquellas frondosas alamedas que fertilizaban el rio Isuela, de ordinario tan solitarias y tranquilas.

En los viñedos que rodeaban la posesion habia multitud de vendimiadoras, que recogian la dorada uva al son de mil alegres y placenteros cánticos.

No léjos de estos sitios, y paseando por las orillas del rio, ó por la alameda, se veian en diferentes grupos, á la marquesa del Cinca, con su marido, el simpático brigadier

Rubiales, á Aurelio y á Octavio, antes enemigos y á la sazon muy satisfechos y contentos conversando alegremente con sus prometidas María Isabel y Rafaela.

Rosa iba con la marquesa pensando en los últimos detalles de su boda que debia celebrarse aquella noche.

El señor Cura de Moralejo los acompañaba.

No léjos de las vendimiadoras estaba el tio Andrés y Anselmo, que dirigian las faenas agrícolas, siguiéndoles á poca distancia, la señora María, que ya no era ciega, porque sufrió en casa de la marquesa una dolorosa operacion practicada hábilmente por el oculista, de que ya tienen noticia nuestros lectores, y recobró la luz de sus ojos. Iban con ella Rafaela y la tia Gervasia.

Esta buena y noble mujer era la única persona estraña, despues de los marqueses que iba á presenciar aquella boda de familia.

El brigadier y Tula debian ser padrinos. Con este solo acto, demostraban que su generosidad no tenia límites. Habian perdonado á Jaime, y trabajaban ardientemente para conseguir su indulto.

En cada grupo habia una conversacion distinta y todas animadas, sin que por eso dejase de vez en cuando de aparecer una ráfaga de tristeza en algunos semblantes, porque la dicha no era completa todavía.

—No les aprisiones Aurelio, déjalos, pobrecitos, ¡si son tan pequeños!... decia María Isabel muy contristada á su primo que se habia subido á un árbol y alcanzó para ofrecérsele un nido de tórtolas.

—Los rechazas?... esclamó el jóven entre ofendido y risueño.

—Me dan lástima; vendrá su madre á traerles el alimento y se volverá loca de dolor no encontrando á sus polluelos en el árbol. Déjalos!... déjalos; cuando sean mayores nos los llevaremos, hoy se moririan faltándoles el maternal abrigo; dijo Isabel.

—Sí, es verdad, añadió Rafaela; siendo tan pequeños no viven.

—Y como mañana nos marchamos, sabe Dios cuando visitaremos otra vez *La Torre del Valle*, esclamó Aurelio.

—Quedamos Rafaela y yo en el encargo de visitar el nido diariamente, repuso Octavio, y cuando las tortolillas empiecen á volar iremos á llevároslas á Huesca; quereis?...

—Sí, sí; con mucho gusto, se apresuró á decir Isabel.

Aurelio dejó el nido y se bajó del árbol.

—Y si estamos en Madrid?... dijo el jóven.

—No lo creas, le contestó Isabel; mamá no quiere que nos vayamos allá hasta que se celebre nuestra boda.

—Bah! tardará mucho esto!... ya me fastidian tantas dilaciones; repuso Aurelio.

Y á mí tambien añadió Octavio; eso de que estemos esperando el permiso del papa para casarnos es bien pesado.

—Y si se le antoja negarle?... preguntó Rafaela.

—Entonces nos le negaria á los dos, porque estamos en el mismo caso; igual grado de parentesco teneis Octavio y tú, que Aurelio y yo, dijo Isabel.

—Qué ha de negar!... eso yo no lo temo, dijo Aurelio; lo que sí me figuro es que tardarán mucho en concederlo.

—Tambien yo lo creo así, añadió Octavio, porque á veces hay que pedir el permiso tres y cuatro veces.

—Pues mira, nos vamos á divertir!... murmuró Aurelio

con mal gesto dirigiéndose hácia las jóvenes que habian continuado su paseo.

La conversacion que sostenian el tio Andrés y Anselmo con los labradores era puramente agrícola; se reducia, como muy prácticos en aquellas faenas á darles consejos para que la vendimia se hiciese con prontitud y regularidad, cuidando de que no llegase á los vasos la uva ya deshecha, como hubiera llegado indudablemente siguiendo el mal método que tenia establecido en la casa.

—Oh! esto es un desórden!... decia el tio Andrés á su hijo; todas las posesiones agrícolas las tiene perdidas el marqués, como puestas en manos de gente, que ni lo entiende ni se interesan por la casa.

—Estando ya nosotros al frente de todo, verá usted como la casa prospera; repuso Anselmo.

La marquesa y Rosa hablaban del milagroso arrepentimiento de Jaime.

—Parece imposible!... esclamaba Rosa; qué súbita transformacion, la del padre y la del hijo!...

—Esos son milagros de la adversidad!... añadió el brigadier; al verse caido, humillado completamente, y teniendo por perspectiva una cadena de diez ó doce años, ese hombre solo piensa en reparar los males que ha hecho y en morir. Se refugia en la muerte como su única tabla de salvacion.

—Pues es preciso que no muera, y que usted querida Rosa debe trasmitirle la fundadísima esperanza que tenemos de conseguir su indulto dentro de poco tiempo.

—Ya se lo he dicho; y tambien la bondad de usted al prestarse tan noblemente á ser los padrinos de nuestra bo-

da. A esa carta no he tenido todavía contestacion; pero espero que manifestará toda su gratitud á ustedes directamente.

La tarde iba declinando y las dos familias se dirigieron hácia la casa, á fin de disponer todo lo necesario para la ceremonia que debia verificarse al anochecer.

La capilla de la posesion era pequeña, pero muy bonita; iluminada y llena de flores, presentaba un aspecto encantador.

Antes de las ocho, todas las personas de las dos familias, y los testigos estaban allí, llenándola completamente.

Rosa llena de lágrimas, recibió de manos del sacerdote la bendicion nupcial, ocupando Aurelio el lugar de Jaime, puesto que el matrimonio se celebraba por poderes.

Aquella pobre mujer, que en medio de tantas amarguras como habia sufrido, conservaba en su corazon un fondo de ternura inagotable hácia el hombre que fué con ella tan ingrato, y hácia su hijo querido, no pudo resistir su emocion y terminada la ceremonia al recibir las felicitaciones de los concurrentes cayó desmayada en brazos de su padre.

Tenia un hermoso corazon que no pudo corromper ni el abandono, ni la miseria, ni la ingratitud, ni las contínuas oscilaciones de su aventurera existencia.

Las horas de prueba habian pasado y empezaba la compensacion.

Todo en este mundo la tiene, por eso pasamos de la risa al llanto, y del dolor á la alegría.

Despues de una gran desgracia suele venir una gran

felicidad, como trás de la tormenta, aparece en el cielo el arco iris.

Despues de la boda se celebró una espléndida comida, en la que reinó el cariño sincero y la mas pura fraternidad.

Cuando los actos de nuestra vida son inspirados por el sentimiento purísimo del alma, y no por las malas pasiones, no puede menos de ser la felicidad imperecedera.

CAPITULO CXXXI.

Casamiento de Aurelio.

Pasó el otoño y el invierno, y las dos familias continuaron, una en la Torre del Valle y la otra en Huesca.

Rosa hizo algunos viajes á Madrid á fin de activar la causa del que ya era su marido, aprovechando las influencias de la marquesa y del brigadier Rubiales para conseguir el anhelado indulto.

Empero llegó el mes de febrero, y á pesar de sus vivas y constantes gestiones, aun no estaba libre Jaime, habiendo podido conseguir únicamente que no saliera de Madrid para el presidio donde debia ir á cumplir su condena.

Desde el momento en que el marqués empezó á sentir las angustias de su triste situacion, se arrepintió del mal que habia hecho, sufriendo un cambio completo en su modo de ser.

Mucho contribuyó á esto el noble comportamiento que con él tuvieron las personas á quienes habia ofendido de

una manera tan cruel haciéndolas desgraciadas por espacio de muchos años.

Por eso al recibir la carta de su hijo en que le manifestaba la insensata pasion que habia concebido por Rafaela, lo juzgó un nuevo castigo del cielo y doblando la cabeza con resignacion esclamó :

—¡Hágase la voluntad de Dios!...

Y no solo otorgó su permiso para la boda de su hijo, sino que determinó reparar su falta, casándose con Rosa como en efecto lo hizo.

La ex-cigarrera, convertida de repente en marquesa, se fué en seguida á la córte para trabajar por su marido y acompañarle en su prision.

Este la recibió con el mayor afecto; pero estaba muy enfermo, muy triste, y tan preocupado, que costaba un triunfo á la pobre Rosa el arrancarle una palabra ó una sonrisa.

Solo el decreto de indulto podia sacarle de aquel penoso abatimiento, y como estas causas suelen ser interminables, nunca llegaba el anhelado dia de conseguirlo.

En esta situacion recibió Rosa carta de la marquesa invitándola para la boda de Aurelio y de María Isabel.

Inmediatamente se la llevó á Jaime.

—Debes ir; la contestó éste con su laconismo habitual.

—Me da pena dejarte solo; y que cuando tengo tan buenas esperanzas de indulto, ¿cómo suspendo las gestiones?...

—No hay mas remedio; únicamente ellos pueden salvarme, complácelos, y procura obtener nuevas y mas apremiantes cartas de recomendacion.

Esto la convenció, y decidida á marchar al siguiente dia se despidió con mucha pena de Jaime.

La angustia del infeliz era inmensa. Se veia en absoluta soledad, abandonado de todos los amigos, y sufriendo los amargos efectos de su depravada conducta.

Rosa llegó á Huesca el mismo dia en que se celebraba el casamiento de los dos simpáticos y amables primos.

Octavio y Rafaela estaban ya en casa de la marquesa para asistir á la boda.

Habian recibido tambien sus despachos de Roma; pero determinaron suspender su enlace hasta que libre el marqués pudiera sancionarle con su presencia.

La jóven y bella Rafaela estaba muy cambiada desde que la conocimos en el valle guardando sus cabras. Los siete meses que trascurrieron los empleó con mucho aprovechamiento en cultivar su privilegiada inteligencia, dedicándose no solo un buen profesor, si no tambien Octavio á darla una educacion conveniente y adecuada al rango que iba á ocupar en la sociedad.

Por otra parte la marquesa y María Isabel se encargaron de la transformacion física, haciéndola aceptar muy bellos trajes, que se ponia las temporadas que pasaba en Huesca, volviendo en la Torre del Valle al suyo habitual de labradora aragonesa, que era muy del agrado de Octavio y que la sentaba perfectamente.

Pero no por eso estaba menos bella con los de señora, ni se despegaban de su persona, porque era esbelta y los llevaba con mucha gracia y desenvoltura.

La boda de Aurelio y de Isabel debia celebrarse con gran pompa, por lo cual esperaron á cumplir el medio año

de luto que la jóven llevaba por su abuelita la Sra. María.

Los novios debian recibir la bendicion nupcial en la iglesia del convento donde estaba su madre de abadesa, á fin de que ésta pudiera asistir á la solemne ceremonia.

Se fijó la hora de las ocho de la mañana, y mucho antes la casa de la marquesa estaba llena de una concurrencia inmensa, que comprendia las personas mas distinguidas de Huesca y Zaragoza, y muchas de Madrid, que siendo amigos íntimos de la casa hicieron el viaje por asistir á la ceremonia.

Entre estas estaba Rosa; pero contrastaba notablemente su actitud melancólica con la alegría general que rebosaba en todos los semblantes.

La infeliz comparaba el triste calabozo donde yacia sumido Jaime, con aquella espléndida casa, inundada por todas partes de alfombras, espejos y macetas de flores que la convertian en un Eden.

La marquesa que atendia á todos sus convidados no faltando para ninguno una frase cariñosa y una sonrisa, comprendió al punto la tristeza de Rosa y abrazándola con viva ternura la dijo:

—Querida Rosa; en cuanto pasen estos dias de boda, Leon ha determinado ir á Madrid, sin mas objeto que conseguir el indulto de Jaime.

Esta promesa arrancó lágrimas á Rosa; y fueron la mas elocuente contestacion que pudo dar á la marquesa.

La comitiva se trasladó al convento, un poco antes de las ocho, y á las nueve Aurelio y María Isabel eran esposos y recibian los abrazos delirantes de la familia y los mas entusiastas plácemes de los amigos.

Eran en verdad un digno matrimonio, y formaban una deliciosa pareja con todas las condiciones necesarias para ser felices.

Jóvenes, hermosos, ricos, enamorados y llenos de ilusiones para el porvenir ¿qué mas podian esperar?...

Empero como por claro y resplandeciente que el cielo brille siempre ha de empañar su pureza alguna importuna nubecilla; Aurelio y la marquesa recibieron en el mismo dia cartas de Jimena.

La jóven despues de manifestarles sus grandes adelantos en el difícil arte á que se habia dedicado, y su inmensa gratitud por la proteccion que les debia, les anunciaba con pena que su salud no mejoraba, continuado molestándola la enfermedad *nerviosa* que habia adquirido en España.

Aurelio sin participar á nadie el secreto del mal de Jimena, que solo él conocia, tuvo un disgusto que amenguó en parte su alegría presente.

Pero la fiesta espléndida de su boda y las que siguieron para celebrarla dignamente disiparon pronto su tristeza.

Todos fueron dichosos y tambien Rosa, que ocho dias despues salió para la córte acompañada del brigadier.

CAPITULO CXXXII.

El indulto.

El espectáculo magnífico, conmovedor, admirable, era el que ofrecia el brigadier Rubiales, trabajando con el mayor celo de tribunal en tribunal, y buscando la influencia de todos sus amigos para conseguir el indulto de su enemigo, del hombre que le persiguió tan encarnizadamente, pretendiendo asesinarle, casándose despues con su mujer, robándole su hijo, undiéndole en un calabozo por espacio de doce años y siendo siempre el verdugo implacable de los séres mas queridos de su corazon.

Y sin embargo de todos estos motivos, del justísimo resentimiento que se borraron de su alma desde el momento en que recobró su felicidad y sus derechos y vió humillado a su enemigo, trabajó con tanto celo, con tanta asiduidad y perseverancia, que á los quince dias de estar en la córte pudo entregar á Rosa el suspirado decreto de indulto.

Demasiado noble y generoso para dar importancia ninguna á su heróico comportamiento, no quiso esperarse á recibir las muestras de gratitud con que habia de premiarle Rosa, y la mandó el documento con una lacónica esquelita, saliendo inmediatamente para Huesca, donde

por lucidas muchachas, en las que Rosa reconoció algunas de sus traviesas pitilleras.

El piso principal, dispuesto para el jóven matrimonio, era muy espacioso y estaba amueblado con esquisito gusto, con muebles hechos todos en los talleres de Frasquito. No se admiraba allí el lujo ni lo supérfluo, sino la comodidad, el arte y la belleza.

El piso segundo estaba dividido en dos cuartos, dispuestos para que los habitasen la familia de Estefanía y la de Frasquito.

Cuando hubieron visitado toda la casa se marcharon á la calle de Toledo, acompañados de Estefanía, que no quiso ya separarse de sus padrinos.

Los obreros no habian dejado todavía el trabajo, por lo cual el marqués pudo examinar las diferentes obras que tenian en construccion.

Habia tres talleres de carpintería, ebanistería y tapicería, cada uno con su jefe á la cabeza que cuidaba al propio tiempo que de dirigir el trabajo de mantener el órden.

Además de los tres talleres indicados estaba el de tapiceras, donde trabajaban mas de cien mujeres; por lo general hijas y esposas de los operarios.

Frasquito era el general en jefe de toda aquella numerosa tropa.

Todos los rostros respiraban la satisfaccion, la salud y la alegría; lo que pudo perfectamente observar el marqués, que se presentó de improviso, y oyó los alegres cánticos y el afan con qué trabajaban los operarios, entre los que reinaba el órden y la mas cordial alegría.

Frasquito se presentó inmediatamente que supo la lle-

gada de los marqueses, iba con su blusa de trabajo y su gorra en la mano, y los recibió con el mayor desembarazo, pero con una firmeza y cortesanía esquisitas.

Sin escusarse por su traje, manifestó que él era el primer trabajador de su casa, y no faltaba ni un momento de sus talleres; á los que hizo pasar á los marqueses que se quedaron admirados del perfecto órden que allí reinaba, y de los delicadísimos muebles que se construian.

Despues de haber visitado los cuatro inmensos talleres que circuian un gran patio, entraron en un jardin, muy estenso y maravillosamente cultivado, por los mismos oficiales, que alternaban por semanas en esta tarea.

Al rededor del jardin habia galerías cubiertas de cristales, y al frente tres grandes salones, que llamaron mucho la atencion de Jaime.

En el primero se veian muchos instrumentos de música, atriles con papeles y multitud de bancos.

—Aquí vienen mis oficiales á estudiar la música y tenemos ya entre entre ellos grandes profesores; dijo Frasquito.

—De modo que V. no se contenta con darles trabajo material, sino que tambien les enseña á cultivar las bellas artes, dijo Jaime.

—Ah! sí señor; es necesario elevar el alma y que el espíritu no permanezca ocioso mientras se ocupan en trabajos mecánicos. En nuestros talleres cultivan la música y la declamacion; vea V. en este otro salon tenemos un lindo teatrito, donde se representan comedias y conciertos todos los domingos. Así es que mis operarios trabajan con afan toda la semana para ganar su jornal, emplean las noches

en sus ensayos líricos-dramáticos y esperan con ansia el domingo, que les proporciona tan grato solaz.

El marqués y Rosa llenos de admiracion examinaron el saloncito teatro que era muy espacioso y en el que podian colocarse cómodamente cuatrocientas personas.

—¿Y quién son las actrices?—preguntó Rosa.

—Las tapiceras, que son todas hijas, hermanas ú esposas de mis operarios y tienen en el salon este inmediato al del teatro sus clases de música y declamacion.

Estefanía, que permanece tan callada, es la directora de los talleres y escuelas de las operarias. Vamos, á tí te toca ahora enseñar á estos señores tus respectivos departamentos, la dijo Frasquito.

Estefanía ruborizándose por que su modestia era estremada, los hizo pasar al otro lado del edificio, donde estaban los talleres de tapicería y el de ensayos.

El mismo órden invariable reinaba que en los correspondientes á los hombres.

El marqués hizo notar que habia muchas jóvenes muy bellas, á lo que contestó Estefanía:

—Son felices, y no sufren las consecuencias dolorosas de la miseria, porque tienen seguro su jornal y el de sus maridos y en eso consiste su robustez y lozanía.

—¿Y cómo pueden Vds. sostener tanta gente? ¿Hay trabajo para todos? preguntó el marqués.

—Al principio no señor, tuvimos de sostener los talleres á fuerza de dinero; por eso industrias tan grandes requerian grandes capitales; pero en el dia abunda la obra, y no será difícil que podamos reintegrarnos dentro de poco tiempo.

—El beneficio que reciben todas estas familias es inmenso, esclamó Rosa.

—Y que además hemos construido un barrio de casas donde víven todos, y en el mismo tenemos un hospital y dos escuelas de niños y niñas, de párvulos y de adultos, donde solo concurren los hijos de nuestros operarios.

—Ah! no puedo menos de confesar con entusiasmo, que las riquezas adquiridas por el infame medio de la usura, que supo amontonar mi secretario D. Toribio, han sido magníficamente empleadas y ojalá tuvieran Vds. muchos imitadores, esclamó el marqués.

Poco despues se despidieron ambos esposos, quedando en volver al siguiente dia, que era el designado para la boda.

CAPITULO CXXXV.

Conclusion.

Efectivamente á las siete de la mañana Estefanía y Frasquito eran esposos, y acompañados de numerosa comitiva volvian de la iglesia, inundando los vastísimos talleres que estaban vistosamente engalanados con flores y follajes para celebrar tan espléndida fiesta.

Nadie hubiera dicho que aquellos espaciosos salones y larguísimas galerías eran las mismas donde en el dia anterior se trabajaba con tanto afan.

En una noche se hizo la transformacion, no quedando allí las huellas del trabajo, sino inequívocas señales de fiesta y de alegría.

En una de las galerías del jardin, adornadas con arcos de flores y banderas con diferentes lemas, entre los que se veian los nombres de Rosa y del marqués, colocaron la mesa para los novios, los padrinos, la familia y algunas personas escogidas, donde se sirvió á primera hora el al-

muerzo y despues la comida, con la esplendidez y el buen tono con que hubieran podido hacerlo en la casa mas suntuosa de la aristocracia.

Las jóvenes operarias de quince á veinte años fueron las encargadas de servir á la mesa, vestidas todas con trajes de color de rosa y blancos, lo que formaba una visualidad muy agradable.

Durante el desayuno los músicos tocaron piezas escogidas y despues hubo en el teatrito un concierto vocal, é instrumental, en el que demostraron los obreros y obreras sus grandes disposiciones y los adelantos que habian conseguido en poco tiempo.

Por supuesto que mas bien que á los novios las ovaciones fueron para los padrinos, les cantaron himnos alusivos y se leyeron poesías muy entusiastas en loor suyo y en el de los recien casados.

Despues de la comida la seccion dramática ejecutó con notable perfeccion algunas piezas en un acto, que fueron muy aplaudidas y dejaron escesivamente satisfechos á los marqueses, que no se cansaban de admirar á los artesanos convertidos en artistas y siendo modelo de cortesanía y de finura.

Sumamente orgullosos de tener entre ellos á un marqués de la antigua nobleza que los aplaudia y alentaba, se mostraban contentísimos tributándole todos á porfía mil obsequios y atenciones.

Jaime por su parte no recordaba haber recibido nunca entre los de su clase una ovacion semejante.

Llegó la noche y el jardin se iluminó como por encanto con faroles y vasos de colores que formaban caprichosos ar-

cos en los que se veian escritos los nombres de Rosa y de Jaime entrelazados y los de Estefanía y Frasquito.

Los novios, que lo hicieron todo con esplendidez, pero sin salir de su esfera, vestian con arreglo á su clase; Frasquito su elegante chaqueta de finísimo paño, igualmente que todos los obreros, y Estefanía un traje de raso negro y pañuelo de manila bordado de colores.

El último refresco se sirvió en el jardin, terminando la fiesta como habia empezado, con música y canto y un himno de despedida á los marqueses, que salieron de los talleres entre los mas entusiastas y cordiales plácemes y acompañados de las mas tiernas bendiciones que les dirigian con lágrimas de júbilo la Sra. Andrea, la madre de Estefanía, y la Sra. Jacinta, que era una de las invitadas á la boda.

El tio Roque y Tomás estaban tambien, pero no se atrevieron á hacerse muy visibles porque les imponia respeto el marqués.

No faltaban tampoco asomándose por los rincones, la Sabandija y su marido el tio Judas, estando en este dia reunidos casi todos los vecinos de la antigua casa de la calle del Duque de Alba, hasta las Golondrinas hija y madre, llegaron á tiempo para llevarse los restos de la comida.

Estas dos pobres mujeres que no quisieron nunca someterse al trabajo y al órden, vivian en una buardilla, en la mayor miseria, manteniéndose de implorar la caridad pública.

Rosa y su marido se marcharon inmediatamente á Huesca, donde ya sus hijos lo tenian todo dispuesto para

su boda, que se celebró en la Torre del Valle al siguiente dia de la llegada de los marqueses.

Tuvieron el sentimiento de que no pudieran asistir los marqueses del Cinca ni sus hijos; éstos estaban viajando y aquellos se habian marchado á pasar el verano en su preciosa torre de Zaragoza.

Empero unos y otros les mandaron bellos regalos y espresivas cartas de felicitacion.

Los recien casados obtuvieron permiso para ir á reunirse en Paris con Aurelio y Maria Isabel, ofreciendo que volverian los cuatro reunidos pasado el verano, y se marcharon efectivamente muy felices y satisfechos.

Jaime, libre por fin de inquietudes y de amarguras, se entregó sin reserva á la vida de familia, dedicándose con su suegro á las tareas del campo, y creando grandes establecimientos agrícolas, donde á semejanza de Frasquito y estimulado por su ejemplo se convirtió en padre y protector generoso de infinidad de labradores, á los que daba trabajo constantemente, les hizo cómodas viviendas y fundó escuelas y hospitales para que nada tuvieran que desear.

Rosa le ayudaba admirablemente, siendo ambos esposos el orgullo y la gloria de su pais, donde se les veneraba y queria con el mayor entusiasmo.

Todas las noches cuando Jaime, tranquilo y satisfecho, se retiraba á su apacible hogar, decia abrazando á su mujer.

—¡Qué feliz soy! querida Rosa; voy á dormir con la paz envidiable de los ángeles. ¡Qué me importan ya las opiniones! No tengo ninguna, solo aspiro á practicar todo el

bien que pueda y á morir tranquilo y bendecido por ese pueblo que depende de mí, que antes me aborrecia y hoy me adora, porque ha encontrado en mí su Providencia!...

En cuante á Jimena, el marqués no la nombró jamás: ignoramos si conseguiria olvidar este amor del alma.

Ella, por su parte, llegó tambien á ser feliz, siendo hoy una de nuestras mas distinguidas y célebres cantantes.

Fin del segundo y último tomo.

ERRATAS MAS IMPORTANTES

del tomo segundo.

Pàgina.	Linea.	Dice.	Léase.
28	3	les	la
31	7	magnetice	magneticen
39	13	evitarle	evitarlo,
55	17	cabezas	cabeza :
55	17	ín	sín
56	21	le	la
57	21	denotaban	denostaban
57	25	hombros	hombres
61	9	exfixiado	asfixíado
61	16	al	de
67	20	vanos	vamos
73	1	venimso	venimos
158	7	previene	proviene
179	5	pudiese	pudiera
179	27	forasteros	forasteras,
181	14	entrega	entregaba
199	12	corredor	comedor,
217	2	el	al
217	4	dió	dí
227	16	peinado	peinador
230	18	metio	sintió
232	11	imitada	irritada
248	2	generosa	generoso
284	4	aventura	ventura
284	13	al padre	á padre
300	26	escusándome	acusándome
301	1	convalesciente	convaleciente,
316	25	negros	rubios

Pàgina.	Linea.	Dice.	Lèase.
344	1	quiero	quiso
344	10	me	no
344	11	respete	respetaba
344	17	sola	solo
344	20	plon	plan
386	13	llámela	llámele
387	13	digala	digale
388	7	confundirles	confundirle
390	12	es creido	se ha creido
415	6	panillas	parrillas
417	21	dinaral	dineral
456	8	no lleve	me lleve
472	1	lucidos	lindos
488	30	que nos	que no nos
500	3	tomaran	tornaran
500	22	santuosos	suntuosos
501	4	parece	parezca
503	17	calma	colma
505	12	su joven	el jóven
517	12	lo	la
519	14	aparecido	parecido
519	20	goce	gozo ,
537	29	amigas	amigos
538	26	demente	elocuente
539	22	revolucion	evolucion
539	25	convertirla	convertirle
566	20	carpinteras	carpinteros
573	16	recorriendo	socorriendo
598	4	de su lado	desolado
612	2	puntitas	puntillas,
629	29	en	sus
639	30	llamada	lanzada
673	10	cinco	cisco
673	29	amigos	amigas

ÍNDICE

de los capítulos que contiene el tomo segundo.

Capítulos.	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—Diez años despues. . . .	5
CAP. II.—El conciliábulo de bandidos.	11
CAP. III.—El amor de Jimena.	18
CAP. IV.—Descubrimiento importante.	23
CAP. V.—La sonámbula.	29
CAP. VI.—La madre y el hijo.	35
CAP. VII.—Las dos madres.	41
CAP. VIII.—Ir por lana.	48
CAP. IX.—El motin de las cigarreras.	54
CAP. X.—Continúa el anterior.	60
CAP. XI.—Estefanía.	66
CAP. XII.—Revelacion.	72
CAP. XIII.—La carta de Aurelio.	77
CAP. XIV.—La Golondrina con gafas.	82
CAP. XV.—La falsa marquesa.	88
CAP. XVI.—Impaciencias.	94
CAP. XVII.—El padre y el hijo.	100
CAP. XVIII.—Las fugitivas.	106
CAP. XIX.—Revelaciones.	112
CAP. XX.—El retrato de Isabel.	118

CAP. XXI.—Visita agradable. 124
CAP. XXII.—Principio de una farsa. 130
CAP. XXIII.—El lobo en acecho. 136
CAP. XXIV.—Primera visita. 142
CAP. XXV.—El pretendiente. 148
CAP. XXVI.—Los tres jefes. 154
CAP. XXVII.—Las vecinas. 160
CAP. XXVIII.—Querella conyugal. 166
CAP. XXIX.—Primer acto. 172
CAP. XXX.—Segundo acto. 178
CAP. XXXI.—Acto tercero. 184
CAP. XXXII.—La quinta de Leganés. 190
CAP. XXXIII.—Malas consecuencias. 196
CAP. XXXIV.—Isabel enferma. 201
CAP. XXXV.—Acto cuarto. 207
CAP. XXXVI.—Los fingidos americanos. 213
CAP. XXXVII.—Sospechas fundadas 218
CAP. XXXVIII.—Registro. 223
CAP. XXXIX.—La abuela y el nieto. 229
CAP. XL.—Sueño de enamorado. 235
CAP. XLI.—La boda de Sanguijuela. 240
CAP. XLII.—Indagaciones. 246
CAP. XLIII.—Un aliado. 251
CAP. XLIV.—Continúa el anterior. 257
CAP. XLV.—Un convidado. 263
CAP. XLVI.—Doble sacrificio. 269
CAP. XLVII.—Una mirada. 275
CAP. XLVIII.—Secretos de familia. 281
CAP. XLIX.—Visitas inesperadas. 287
CAP. L.—La comida de boda. 292
CAP. LI.—Octavio y el Curro. 297

CAP. LII.—Amor de madre. 302
CAP. LIII.—La fiera enjaulada. 308
CAP. LIV.—Convalecencia. 313
CAP. LV.—Negativa. 319
CAP. LVI.—Proyecto. 325
CAP. LVII.—Evasion. 331
CAP. LVIII.—Los cómplices. 336
CAP. LIX.—Continúa el anterior. 342
CAP. LX.—¡Pobre Rosa! 348
CAP. LXI.—Un reo ante su juez. 355
CAP. LXII.—Continúa el anterior. 361
CAP. LXIII.—Los dos amantes. 367
CAP. LXIV.—Asalto nocturno. 373
CAP. LXV.—Sorpresa. 379
CAP. LXVI.—El 28 de junio. 385
CAP. LXVII.—El depósito. 393
CAP. LXVIII.—El usurero. 399
CAP. LXIX.—El tesoro de un avaro. 405
CAP. LXX.—Desengaño. 411
CAP. LXXI.—Frasquito. 416
CAP. LXXII.—Antiguos amantes. 422
CAP. LXXIII.—El alma del usurero. 428
CAP. LXXIV.—Las vecinas. 434
CAP. LXXV.—Continúa el anterior. 440
CAP. LXXVI.—Preparativos. 445
CAP. LXXVII.—Falsas ilusiones. 451
CAP. LXXVIII.—Heridas del corazon. 457
CAP. LXXIX.—Una visita. 463
CAP. LXXX.—La familia de Estefanía. 469
CAP. LXXXI.—Promesa de Frasquito. 475
CAP. LXXXII.—Feliz encuentro. 481

CAP. LXXXIII.—Carta fatal. 487
CAP. LXXXIV.—Despedida. 493
CAP. LXXXV.—Noticias satisfactorias. 499
CAP. LXXXVI.—La tia y la sobrina. 505
CAP. LXXXVII.—Efectos del amor maternal. . . . 511
CAP. LXXXVIII.—Sorpresas agradables. 516
CAP. LXXXIX.—Despedida. 523
CAP. XC.—Siguen las despedidas. 529
CAP. XCI.—Continúa el anterior. 535
CAP. XCII.—Situacion política. 540
CAP. XCIII.—Venganza popular. 546
CAP. XCIV.—Noche horrorosa. 552
CAP. XCV.—Siguen los horrores. 557
CAP. XCVI.—El sótano del prestamista. 563
CAP. XCVII.—Las Golondrinas. 569
CAP. LCVIII.—La junta de salvacion. 575
CAP. LCIX.—Continúa el anterior. 581
CAP. C.—Victoria. 587
CAP. CI.—Nuevos heridos. 593
CAP. CII.—Documento importante. 599
CAP. CIII.—La muerte del Curro. 604
CAP. CIV.—Curacion de Aurelio. 610
CAP. CV.—Primera visita al sótano. 616
CAP. CVI.—El cadáver de don Toribio. 622
CAP. CVII.—Banquete de despedida. 627
CAP. CVIII.—Noche de placer. 632
CAP. CIX.—Lucha conyugal. 637
CAP. CX.—Pobre ciega. 642
CAP. CXI.—Las parientas del usurero. 647
CAP. CXII.—La cuñada de Rosa. 653
CAP. CXIII.—Corazon de madre. 658

CAP. CXIV.—Remordimientos.. 664
CAP. CXV.—Rafaela. 670
CAP. CXVI.—Amor de Octavio. 676
CAP. CXVII.—Ataque inútil. 681
CAP. CXVIII.—Coquetería campesina. 686
CAP. CXIX.—Severidad paternal. 691
CAP. CXX.—La confesion. 696
CAP. CXXI.—Delirios. 701
CAP. CXXII.—Meditacion. 706
CAP. CXXIII.—Oraciones. 711
CAP. CXXIV.—Reconciliacion.. 716
CAP. CXXV.—Reflexiones. 721
CAP. CXXVI.—La jota aragonesa.. 726
CAP. CXXVII.—El herido. 731
CAP. CXXVIII.—Convalecencia. 736
CAP. CXXIX.—Arrepentimiento. 741
CAP. CXXX.—Casamiento de Rosa. 746
CAP. CXXXI.—Casamiento de Aurelio. 752
CAP. CXXXII.—El indulto.. 757
CAP. CXXXIII.—Una visita. 362
CAP. CXXXIV.—Los talleres de Frasquito. . . . 767
CAP. CXXXV.—Conclusion.. 772

Fin del índice del tomo segundo y último.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA Comunidad de Madrid

CAP. CXLIV.—Remordimientos. 664
CAP. CXLV.—Rafaela. 670
CAP. CXLVI.—Amor de Octavio. 676
CAP. CXLVII.—Ataque inútil. 681
CAP. CXLVIII.—Coquetería campesina. 686
CAP. CXLIX.—Severidad paternal. 691
CAP. CL.—La confesion. 696
CAP. CLI.—Delirios. 701
CAP. CLII.—Meditacion. 706
CAP. CLIII.—Oraciones. 711
CAP. CLIV.—Reconciliacion. 716
CAP. CLV.—Reflexiones. 721
CAP. CLVI.—La jota aragonesa. 726
CAP. CLVII.—El bereto. 731
CAP. CLVIII.—Convalecencia. 736
CAP. CLIX.—Arrepentimiento. 741
CAP. CLX.—Casamiento de Rosa. 746
CAP. CLXI.—Casamiento de Aurelio. 752
CAP. CLXII.—El indulto. 757
CAP. CLXIII.—Una visita. 762
CAP. CLXIV.—Los talleres de Trasquito. 767
CAP. CLXV.—Conclusion. 772

Fin del índice del tomo segundo y último.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas del tomo segundo.

Lám.s		Pág.s
1	Portada.—Retrato de la autora.	3
2	Tiene V. muy buena estrella, etc.	9
3	Estás dormida? la preguntó, etc.	32
4	Bribona, yo soy un hombre de órden. . . .	169
5	Está V. visible, señora marquesa? . . .	357
6	¡Has faltado á tus deberes!	382
7	¡Yo soy quien te hiere, yo!	459

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas del tomo segundo.

Lams.		Págs.
1	Portada.—Retrato de la autora.	3
2	Tiene V. muy buena estrella, etc.	9
3	Estás dormida? la pregunté, etc.	32
4	Bribona, yo soy un hombre de órden. . . .	169
5	Está V. visible, señora marquesa?	357
6	¡Has faltado á tus deberes!	382
7	¡Yo soy quien te hiere, yo!	459

OBRAS ILUSTRADAS

QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

Reales.

Historia de los Papas y de los Reyes, por Mauricio de La Chatre, consta de 4 grandes tomos precio. 272

Los Tribunales secretos, historia de Pablo Feval, 2 tomos. 132

Historia de la Prostitucion, por Pedro Dufour, 2 tomos. . . 100

Los Misterios de Paris, por Eugenio Sué, 2 tomos. 100

Isabel Primera, por Francisco José Orellana, 3 tomos. . . 95

Los Misterios de la Inquisicion de España, por M. de Fereal, 2 tomos 85

Los Mártires del Pueblo, por J. de la Cuesta, 2 tomos. . . 83

Historia de los Girondinos, por Alfonso de Lamartine, 4 t. . 80

Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera, por Parreño, 2 t. 80

El Hijo del Diablo, por Pablo Feval, 2 tomos. 78

Historia Crítica de la Inquisicion de España, por Don Juan Antonio Llorente, 2 tomos. 72

Historias Estraordinarias, por Hoffmann, Edgard Poe, 1 t. 72

La Alhambra, por Fernandez y Gonzalez, 1 tomo. 67

Damian el Monaguillo, por D. José Goizuela, 1 tomo. . . . 65

El Marqués de siete Iglesias, por Fernandez y Gonzalez, 1 t. 64

El Parnaso Español, por D. Francisco de Quevedo, 1 tomo . 47

Memorias de un Marido, por Eugenio Sué, 1 tomo. 52

Reales.

Los Dramas del Oceano, por Alejandro Dumas, Eujenio Sué, Lamartine y otros, 1 tomo 52

La Huérfana de Bruselas, por Velazquez y Sanchez, 2 tomos. 52

Tres Perlas Literarias, por Dumas, Kock y Feuillet, 1 tomo. 50

La Vanidad de una Madre, por Eugenio Sué, 1 tomo. . . 50

Jnan Palomo, por Fernandez y Gonzalez, 1 tomo. 50

Claudio, Historia de un procesado, por José Comas, 1 tomo. 48

El Caballero del Silencio, por Juan de Dios Mora, 1 tomo. . 45

Rostros blancos y conciencias negras, por Don Ramon Ortega y Frias, 1 tomo. 45

Tres joyas literarias, por Dumas, Sué y Balzac, 1 tomo . . 45

La Reina Margarita, por Dumas (padre), 1 tomo. 42

Historia de los Estados-Unidos, por D. José Comas, 1 tomo. 40

Historia del Bandolerismo y la Camorra, por Mañé y Flaquer, 1 tomo 40

La Vieja de Candilejo, por L. Megías, 2 tomos 40

La Vuelta de Presidio, por D. José Comas, 1 tomo. 40

La Heroina Segre, por Luis Parreño, 1 tomo. 40

Los Hijos de Familia, por Eugenio Sué, 1 tomo. 40

Historia de las Antillas, por D. José Comas, 1 tomo. 37

Opúsculos políticos y literarios, por Salvador Constanzo, 1 tomo 36

Misterios Catalanes, por Rafael del Castillo, 1 tomo. 35

La Venganza de una Madre, por Dumas (padre), 1 tomo. . 35

Últimos dias de Sagunto, por Cárlos M.ª de Palomera, 1 t. . 35

Misterios de Madrid, por Rafael del Castillo, 1 tomo . . . 33

El Fraile, por Lewis, 1 tomo 25

Ángel ó la caverna del Diablo, por Federico Utrera, 1 tomo. 25

Doña Sancha de Navarra, por Fernandez y Gonzalez, 1 t. . . 23

Sanson el Aventurero, por Renato de Castel Leon, 1 tomo . 20

Las Siete virtudes, por Fernando de Bedoya, 1 tomo . . . 20

La Jura en Santa Gadea, por Vicente García, 1 tomo . . . 20

Luisa ó la Providencia, por Peralta, 1 tomo 15

Los Derechos del Hombre. por Eugenio Pelletan, 1 tomo. . . 12

Idea general de la Revolucion en el Siglo XIX, por P. J. Proudhon, 1 tomo 12

Reales.

Historia de un jóven pobre, por Octavio Feuillet, 1 tomo. . 10
La Huérfana de Ribas, por Víctor Bosselló, 1 tomo. . . . 18
El Solitario de la Cartuja, por el mismo, 1 tomo. 5
Cantos líricos, por el mismo, un opúsculo de 16 páginas. . 2
Ignacio el estudiante, ó un deber político, por Antonio Ignacio Fornesa, 2 tomos. 56
El Expósito del Ródano, novela moral por D. Víctor Rosselló, 1 tomo. 44

En prensa.

El Conde de Monte-Cristo, por Alejandro Dumas.
Matilde ó la Mujer del gran mundo, por Eugenio Sue.

Historia de un joven pobre, por Octavio Feuillet. 1 tomo. . 10

La Huérfana de Ribas, por Víctor Ressellio. 1 tomo. . . . 18

El Solitario de la Cartuja, por el mismo. 1 tomo. . . . .

Cantos líricos, por el mismo. un opúsculo de 16 páginas. .

Ignacio el estudiante, ó un deber político, por Antonio Ignacio Porcuna. 2 tomos. 36

El Expósito del Ródano, novela moral por D. Víctor Rossel. 1 tomo. 12

Hijo pródigo

El Conde de Monte-Cristo, por Alejandro Dumas. . . . .

Matilde ó la Mujer del gran mundo, por Eugenio Sue. . . .

Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina
1376021